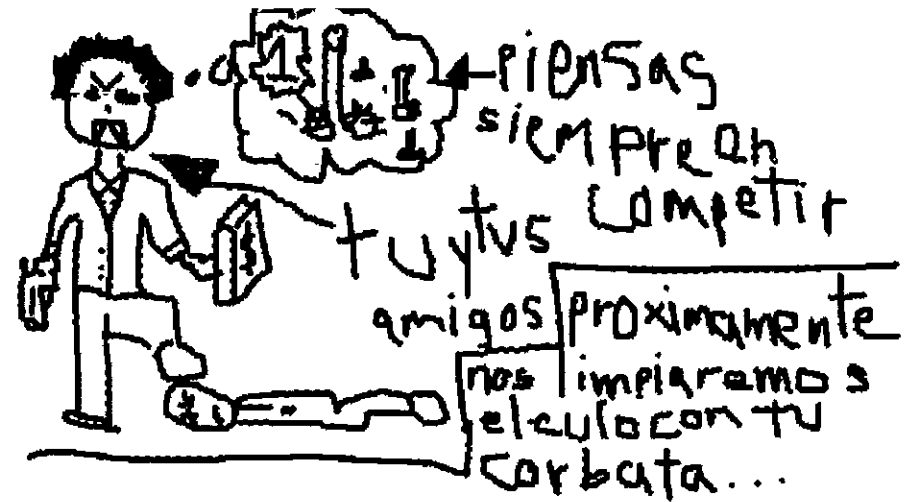


**MATA AL PADRE...
Y A LO QUE DE ÉL HAY EN TI.**

Inicio este segundo ataque de artillería,
en el año 2005 de la era de la cristalería.



*Construido (en parte) bajo el febril influjo de psicotropídeicas
alteradoribillitas anarcotizantes páginas localizables en:*



Sucio.

Hoy no depilaré mis piernas ni untaré en mi piel dulces cremas perfumadas reafirmantes y aceites naturales. Hoy no limpiaré mi rostro, y dejaré que fluyan libremente hasta la tierra las secreciones nasales y las lágrimas de mis enrojecidos ojos. Hoy no intoxicaré mis cavidades con polvos desinfectantes. Hoy no usaré inhibidores de glándulas sudoríficas e impregnaré con el agrio olor de mis axilas los dulces encantos de las princesas televisivas. Hoy no lavaré mis cabellos con los turbios cócteles de sustancias inenarrables. Hoy no limpiaré mi ano con los acolchonados rollos y decoraré con túbias deyecciones los parabrisas de los 4x4 y las limusinas. Hoy escupiré fuerte en el rostro de mi padre. Hoy danzaré a la luz de la luna, en torno a la hoguera que consume los dioses de la civilización.

Fuego

¡Yo!, espíritu apacible, hermano de los árboles; ¡Yo!, amable espíritu, amante del cielo y de las nubes; ¡Yo!, inquieta voluntad, deseoso de las estrellas y anhelante de los vibrantes juegos de la infancia; ¡Yo!, el mar y las montañas, la dulce brisa del crepúsculo rozando mis mejillas, la crecida maleza de la selva y del bosque rasgando mis piernas y mis brazos; ¡Yo!, las alebrestadas rocas arrastradas por la corriente golpeando sensualmente en la cabeza y el cuello; ¡Yo!, ¿quién soy ahora?, ¿quién puedo ser?; el desheredado, el infante huérfano cuya madre ha sido violentamente ultrajada y sometida a torturas. El último de los únicos, miradme, ustedes los poseedores y los propietarios, y vean en que me he convertido: la bestia anhelante de venganza, clamando por la muerte de los antiguos; el asesino de dioses, profanador de las tumbas en que han sido enterradas las leyes sagradas que durante milenios, han cortado las raíces de la vida e interrumpido el salvaje curso de los ríos. Nuestras lágrimas acumuladas, explotarán la presa y arrastrarán con sus imparable torrentes las habitaciones en las que duermen quienes han usurpado el mundo y sus alrededores. Cuando los elementos dormidos en nuestro ser despierten, no quedará piedra sobre piedra de sus templos. El fuego, consumirá hasta las cenizas los muros que silencian el libre canto del viento al atardecer.

Degollador.

Heme aquí en pasional visión, desgarrante destello luminoso desprendido del seno de indisolubles seres; heme aquí, ustedes, rebaño de ovejas sin pastor, y observad la podredumbre que por causa vuestra cubre mi faz; yo, el cantor silenciado, el profeta atormentado, el poeta sin palabras, sordos sus oídos a la realidad contraria a su inventado mundo. ¿Disfrutan acaso la supuesta vida, dentro de la perfecta espiral que la mierda matutina conforma? El día se pasa pronto, el sol sólo sirve para dorar los caparazones, y abrillantar las epidermis femeninas sobre las cuales los dioses fálicos anhelan verter sus turbios fluidos. Ebrios sus sentidos, falsamente extáticos con la agridulce gloria de la civilización, se olvidan de la sangre que corre dentro de sus cuellos, y que ansía ser vertida en tropel sobre el áspero asfalto que recubre la superficie de tantas estériles ciudades. ¿Quiénes serán los nuevos portadores, quién vendrá hoy a reanudar el trabajo interrumpido? Espadas y guadañas esperan por los brazos que las empuñen, por las almas que les den vida, por los cuerpos inertes de los autómatas que les sirvan de alimento. ¿Quién vendrá a ser hoy el degollador, quién cortará las ataduras que impiden el crecimiento de la hierba y de las flores en el campo? La semilla oculta en el seno de la tierra, espera ser regada con la sangre de las máquinas y con el aceite fluorescente de los corrompidos seres antes humanos.

Desobediencia.

Desfila ante mis ojos, impasible, el destellante ejército de la sociedad presente; infinidad de refinadas conciencias vociferan, los racionales discurren, se indisponen, repentinamente aciertan y ascienden en la pirámide de sus jerarquías. Movilidad de clases, competencia por las ventajas pragmáticas. Disfunción y desequilibrio, la máquina sigue, sin embargo, andando a marchas forzadas, cada vez más rápido, cada día más impetuosa, imparable e insostenible. Los racionales presumen su incapacidad para operar eficazmente los engranes engarzados a las articulaciones de los cuerpos bio-condicionados, psico-mecánicos; cerebros prodigiosos intervenidos con microprocesadores, ramificaciones nerviosas y semiconductores, neuronas y silicio, retinas en línea, conectadas intemporalmente a cinescopios y pantallas de plasma. Mis dientes han cortado los cables umbilicales; lo sé, la conexión no puede ser interrumpida sin un mortal enfrentamiento. El sistema central repudia los actos de desobediencia, mi nivel de insignificancia es catalogado y valorado; según la mayor o menor peligrosidad para el bienestar colectivo, el antivirus

jurídico resuelve en microsegundos aislando al "indeseable", institucionalizando el punto de conflicto. La instantánea llamada salida de mis fauces es retransmitida vía satelital a todo el orbe; los "deseables" pueden verme en sus aparatos digitales, endulzar con mi verbo su café matutino, decidir mi castigo en las encuestas mediáticas: "50% de la ciudadanía exige a las autoridades la implantación de la pena capital para delitos graves", dicta un maquillado figurín de incuestionable calidad moral. ¿No es acaso mi falta la más peligrosa, la más inmoral, la más antisocial? Este ataque ilimitado y desmedido contra la no-vida presente, constituye una reafirmación de mis necesidades vitales: son los racionales los asesinos seriales, inhibidas sus facultades mentales sólo pueden identificarse con la destrucción sistemática a través de la creación pervertida, la producción ilimitada de refacciones humanas, piezas usables y desechables para la omnipotente máquina asfixiante.

Dios

¿Fingen ahora, llegado el momento, ser incapaces de distinguir este rostro? ¿Acaso se han olvidado tan fácilmente del castigo del látigo, de la pestilencia del aliento, de la intensidad con la que desde generaciones innumerales sus carnes se agrietan y sus huesos crujen al sólo percibir la inminente embestida de esta voz?. Aquí estoy, hemos vuelto, yo y el millón de demonios a atemorizar sus religiosamente lavadas conciencias, y a carcomer sus racionalmente generadas verdades. Las piedras viajarán con los vientos de la nueva vida; no permanecerá célula sobre célula, ni diente sobre diente; los ojos lálicos serán capados, las vírgenes indefensas ante los líbricos embates de los dioses y sus lechosos espíritus santos, empuñarán hoy la lanza atravesando cuanto sagrado costado sea posible. El fuego de las antorchas, vislumbable a lo largo de todo el horizonte recibirá gustoso como digno amo de los infiernos, la inmolación de las legiones de santidades, de patriarcas, de apóstoles y de arcángeles. La semilla del reino de Dios, latente en los organismos vivos requiere urgentemente ser extirpada. Mujeres y hombres, sométanse de emergencia a los legradistas, dejad que se extraiga de vuestros cuerpos la esperanza futura en la vida supraterrrenal. Tapad vuestros oídos a los rumores divinos, matad y castrad al Salvador si pretende una vez más violaros, poseerlos por medio de argucias y engaños como el pederasta a sus jóvenes amantes.

Miles de años de podredumbre acumulada no permiten la desinfección completa de toda la especie; gustosas se retienen todavía las masas a charlar e intercambiar vivencias en torno a los montículos de estiércol; los encumbrados bailan y cantan, los acaudalados se adornan con la mierda,

repudiando a quienes se niegan a participar del coprofílico festín. Sobre la fosa común, en la cual se pudre el deseo de vida eterna y los gusanos devoran ávidamente las obras inmortales; los profetas comunican sus visiones y el humano rige su propio destino. Orgullosamente deciden quien será sometido a torturas para diversión de los paseantes, cuantos machacarán lentamente sus miembros para alimentar a los restantes; cultos que se cultivan, el progreso es la pauta que los mantiene con vida.

Historia

Navegando a la deriva, resulta imposible encontrar agua potable. A los cuatro puntos cardinales, sólo este líquido espeso de color café oscuro domina la superficie terrestre; y mientras desvarío a causa de la deshidratación siéndonos imposible beber de este turbio fluido, los seres humanos siguen tranquilamente naciendo, creciendo, reproduciéndose y muriendo. Sus vidas transcurren singularmente apegadas al patrón de su refinada normalidad, cual si el repugnante licuado que les envuelve fuese sólo una ligera nube pasajera, un inofensivo gas fugado de las factorías celestiales pronto a disiparse dando paso a la luz del mediodía, y a la tibia llovizna jabonosa que limpia las estatuas y los templos en verano. La barca se desliza por calles y avenidas internacionales, impulsada por las olas pestilentes que golpean rítmicamente los más diversos estilos arquitectónicos; ellos nadan en torno a las modernas estructuras urbanas, apenas sobresalientes sus puntas cuando la marea sube, brillantadas por destellos atómicos durante las noches, si es que el torrente se fuga a fornicar con la diosa satelital. Entonces llegan las hedonistas fiestas y el auge de los estoicos instintos de supervivencia; la sociedad retumba y se ríe hasta sus entrañas, come, danza, coje y duerme, despertando durante el posterior ciclo, cuando lo obrado regresa, cubriendo por completo los más imponentes rascacielos.

¿Y si es que acaso todo transcurre dominado por el imperioso afán de la repetición, vuelve a tocar la suerte de limpiarse de los abuelos, convertidas sus palabras en montañas de cieno que obstruyen la salida de las aguas limpias del subsuelo?. ¿Y si dedicada la vida a cargar la pala y el cepillo, terminan putrefactos haciendo compañía a los ancestros, agitados por la manos de las generaciones futuras?. ¿Es por ello que prefieren revolcarse alegremente en el humus que cubre el suelo de los bosques de concreto; protegerse del tiempo inclemente con las cabelleras de quienes los hicieron libres; golpearse colectivamente con los fémures y los húmeros de los líderes inmortales; y alimentar sus cuerpos y mentes con los carcomidos cerebros y los verde-purulentos estómagos del ideólogo de su preferencia?.

No tengo nada que decir, hombres de bien y de mal, seres sociales y antisociales. Sólo la locura es mi destino, lejos de los comedores de excreciones y de los ampulosos cascos de cráneos fósiles. Levantados los brazos calibrando mis inicuas fuerzas, me embarco en un bote forrado de odio anacrónico e incredulidad nihilista. Si es que se ha completado un turno dentro de vuestro juego que llamáis historia, si la vida necesita se retome y se renueve el espectáculo, se destruya y se construya la realidad, reasumo mi inequívoca identidad, arrojando a vuestras caras las ardientes consonantes catastróficas, y arrasando las ciudades con las vocales inmemoriales prohibidas.

A través de mi y conmigo habla el cúmulo de cabezas cercenadas anteriormente, identificadas con las acciones intemporales, con el telúrico derrumbe de la masticada inteligencia y la defecada razón humanas. A través de vuestros ojos, transparentes ventanas que dejan ver la mezcolanza de recuerdos y esperanzas de vida que han asimilado del fango que les circunda, se distinguen los destellos de las mentes que les han precedido, igualmente incapaces de levantarse por sí mismas, arrasados por las tropas que salen ahora de mis mil y un millón de bocas. Vuestros decrepitos oídos postizos, sobrevivientes de batallas ulteriores, reconocen mi voz y se acurrucan entre sí buscando la protección colectiva ante la condena inminente.

Si es que verdaderamente ha recommenzado la lucha, anhele salir airoso, cargando a costas los cuerpos de quienes descubriendo la impostergable necesidad de este enfrentamiento a muerte, levantaron las antorchas y encendieron las cabezas de quienes viven rodeados de sus propios residuos digestivos. El incierto mañana verá si mi cabeza sigue en lo alto, o si corre por el suelo para sumarse a la espera de quienes por siempre aguardan comunicar a un nuevo emisario el mensaje irrenunciable, la declaración de guerra contra el podrido ser humano, aquel que niega como único destino digno, engrosar la capa de tierra que dará de comer a sus descendientes.

Palabras.

Hilarantes expresiones incapaces de lograr resonancia alguna en el interior de mi constipada cabeza, luchan por sublevarse, por conseguir la más mínima intencionalidad que les de vida, las haga arder, las lance violentamente a los espinosos campos poblados de seres humanos que nos rodean. ¡Oh las palabras! que reniegan de su significado primigenio por ser demasiado limitado para sus arrogantes premoniciones; ¡oh las nuevas palabras!, que esperan anhelantes el acto creador, la destrucción del viejo lenguaje que oxida las ideas incipientes en los cerebros inquietos, y,

anquilosado, impide la nueva vida, la nueva reproducción. Ardientes como las mismas llamas de la hoguera intemporal, nuevas representaciones saldrán de las bocas apostatas, de las cavidades anacrónicas, cruzarán los mares y los aires, arrasando hasta las raíces las apocalípticas abstracciones y generalizaciones dominantes actualmente. Si la nueva vida se acerca, no llegará a través de los usuales medios masivos; sólo unos pocos, con sentidos para percibir las nuevas, y razón para interpretarlas y recrearlas a placer, harán arder el mundo, en el festín al que nadie y todos están invitados.

...

II

Sé que te preocupaste mucho por tan temible acontecimiento. La gata se arrastraba implorante, yendo una y otra vez del comedor a la sala, al baño y a la cocina. Sus intestinos, expulsados violentamente de la cavidad abdominal, avanzaban tras de ella imprimiendo en el suelo un breve rastro de color rojo intenso. No supe como reaccionar adecuadamente, del asco a la compasión, diversas emociones se exteriorizaron en el lapso de unos cuantos segundos. Finalmente, tomé al animal por el cuello con la mano izquierda, sosteniendo con la derecha su cálido contenido derramado por accidente. Desafortunada, no pidió ser esterilizada, y menos aún, suturada por un inexperto pasante de medicina veterinaria que olvidó algo tan elemental como atar los hilos con que cosió la hendidura realizada en la panza de la felina.

No pude hablar más contigo después de ello. Insistías irracionalmente en saber el estado de la pequeña gata "destripada"; quizá realmente te interesaba, quizá sólo era un poco de morbo, generado por el recuerdo de las vísceras y por la costumbre de estar siempre al pendiente de la nota roja. Ella está bien. Alégrate.

...

Continuamos entonces con la disertación. Sucede que la lectura ha perdido para mí su halo atrayente. Se ha disuelto su antaño implacable espíritu en el espeso vapor que se nutre de los vaivenes del mercado y de los elitismos característicos de lo que suele llamarse cultura; durante el desayuno, la comida, y la cena, o bien, cuando glotonéan mis sentidos generosas raciones de arte empalagoso y de enchilados discursos servidos en vajilla mediática, anhelo reencontrarme con los libros que servían para liberar el alma, y aminorar un poco esta pesada existencia, recreándome con los valsés y los tangos que danzaban alegres letras. Ahora, habiendo perdido el mundo todo sentido -alguna vez lo tuvo, al menos eso creí-, la literatura junto con sus compañeras musas sólo regurgitan los absurdos de esta sociedad muerta-viviente, repitiendo incesantemente la misma porquería, embarrándonos a los mortales con nuestras excreciones, refinadas y destiladas en los añejos laboratorios de las ideas.

...

Te das vuelta, y me obligas a gritar con voz potente, al verte distraído, atendiendo el zumbido de un mosquito. Mi asunto es, que me he caído de la escalera de la historia, del edificio del progreso, del montón de basura acumulada tras 10 000 años de civilización. ¿A qué me refiero? Suele

parecerme un poco inverosímil, pero dentro de alguna de tantas concepciones por las que pretende comprenderse como es que, sorprendentemente, los seres humanos hemos llegado al estado de desarrollo actual, y sin entrar en detalles para no aburrirme y aburrirte -te veo bostezar-, se menciona una muy trillada metáfora, según la cual el progreso es similar a una gran escalera a la que cada época y cultura, con sus héroes, sus genios y sus fluidos corporales, agrega un pedazo de escalón o de barandal, según el caso. Resulta de esto que para los mortales como yo, figurar en la decoración de este monumento no es tan sencillo como pudiera creerse; mientras algunos tienen acceso a las partes superiores, y pueden añadir algo propio a cada peldaño, firmar en trozos libres del barandal, e incluso, agregar momentáneamente al conjunto, en la cima, la impresión de su huella perenne; a la gran mayoría sólo nos queda, metódicamente, trepar como marabunta, ascendiendo lentamente, reforzando los cimientos y resanando las grietas que varios milenios de exposición a la intemperie han dejado, buscando con mordiscos, rasguños y golpes bajos, apropiarnos de algún espacio que extrañamente, permanezca limpio. Lo que nadie sabe, o admite saber, es que esta escalera no lleva a ninguna parte. Ideada por enfermos mentales, cimentada con sangre y hueso, la construcción crece más y más, sin sentido y sin que los obreros comprendamos su motivo, mientras los arquitectos se embriagan, sosteniendo con la boca el látigo, y con los pies los falsos planos.

...

Mientras masticas discretamente tu generosa porción de "alimento" sabor a pollo, pretendo todavía explicar que entre las tantas reacciones primarias, secundarias y terciarias generadas por *el embrollo*, se distingue una notoria indisposición hacia un sinnúmero de actividades, realizadas anteriormente con interés, y aún con gozo. Inicialmente, me he dado cuenta de los terribles problemas de salud -sobre todo mentales- que ocasiona el obsesivo hábito de rellenarse con "chatarra", a todas horas del día. Si aún lo hago, es por mero automatismo, pero no me apasiona ya lo más mínimo, tras despertarme, y todavía en ayunas, suelo dar grandes mordiscos a uno que otro tabloide matutino, mientras sorbo de mi taza artesanal un aromático café orgánico cultivado por indígenas en no sé qué reserva del país. Hastío me causa atiborrarme durante el almuerzo de la última obra publicada por el último autor ganador del último premio otorgado por la última editorial con más filiales establecidas en el continente; y durante la comida, igual me da, consumir o no las raciones de espectáculos televisados, aderezados de política, cultura o sociedad, omitiendo, claro está, la economía que como bien sabes, suele provocarme acidez. Para la cena, cualquier otra forma de

arte, servida con alguna que otra crítica sobre construcciones ideológicas superiores, suele ayudarme a tener un sueño apacible.

Con el único objetivo de conservar mi precaria salud intelectual, he acordado no leer más lo escrito por quienes, sentados o parados, subiendo o bajando a través de la escalera de su progreso, especialistas de la tinta y el papel, abren sus bocas y mueven sus manos, para, con gracia o sin ella, temeraria o temerosamente, hacer y rehacer oraciones, reacomodando sutilmente la mezcla primaria, sea sólo recondimentando y retocando; o bien, los más aventurados, dando vuelta completa a todo el batidillo. esencia de tan multicitada escalinata. Entenderás, que las obras de artistas, autores, intelectuales, y demás fauna engarzada aún a los peldaños de la historia, no son más que trozos deglutidos, digeridos y defecados una y otra vez. -¿Estás roncando -, todavía, intento gritar: *no hay que escribir más libros*. Hay que escupir en la cara del autor del último best seller, y profanar la tumba del más célebre poeta enésimamente reeditado...-

Mis palabras se pierden entre las armonías de tus ronroneos, maldito obeso perezoso.

...

Tu profunda mirada oscila, yendo de mi cabeza, a mis pies. Te acercas y me exiges, con tono flemático, tu correspondiente porción de alimento empaquetado. -¡Me lo tragué!- Grito y te alejas. Muchas veces he pensado matarte de inanición, y tiro por mi esófago el contenido de las cajas y botes que semanalmente me son entregados por quien, queriéndote lo suficiente para no dejarte desamparado, pero no lo necesario para vivir contigo, mantiene tu selectivo paladar. Apropiarme de lo tuyo no me ha hecho daño, por el contrario, mi visión nocturna ha mejorado, e inclusive, tenderme al sol desde el mediodía al atardecer, no me resulta ya tan desagradable.

-La plática de hace unos días me ha tenido muy inquieto- expresas un día, sorprendiéndome, con tu cara de curiosidad, y tus ojos de intelectual comprometido. ¿Deseas oír más?, te cuestiono, a sabiendas de que estas pensando: -hijo de puta, si no finjo interés por tus elucubraciones mentales, eres capaz de volver a tomarte, con un vaso de leche, dos cajas y media de croquetas sabor *animales de la granja*-.

...

No es tu culpa tener tan incómodo apéndice al final de la columna vertebral. Se que disfrutas agitarlo de un lado a otro, erizarlo y salir corriendo en pos de cualquier objeto volador identificado o no. Sin embargo, debes saber que si algún día estás interesado en deshacerte de él, puedes confiar en mí, la

ciencia médica ha logrado notables avances en los últimos años. Inclusive, si es tu deseo, puedes someterte a las más modernas terapias que te permitan asumir la postura bípeda y caminar erguido. Nada perderías con intentarlo uno de estos días.

...

Harto de tu vanidoso caminar y de tus pretenciosos bigotes, decidí asesinarte la noche de un sábado. Había elaborado un plan perfecto, mientras veía la colección completa de películas policiacas de un afamado director del género, tomando notas sobre los detalles más importantes, y los modus operandis más notables y eficientes. Teniendo todo listo, a final de cuentas desistí de mi incursión en el ámbito de los homicidas. No por indecisión, ni por miedo; sencillamente, por ser una escena demasiado concurrida y competida. Días después, me enteré de que hartado de tus prolongados ayunos, motivados por mis arranques omnívoros, y de tu calvicie prematura a causa de los muchos mechones de pelo arrancados violentamente de tu abrigo por mis manos, decidiste asesinarme. Conociendo tu carácter voluble, visceral la mayoría de las veces, no dudo que hayas puesto en marcha un meticuloso plan destinado a terminar con mi vida. Todavía, suelo alucinarte empuñando armas blancas y de fuego de todo calibre, o colocando sustancias tóxicas en mis alimentos mientras estoy descuidado. Inclusive, me ha dado por culparte de las canas que han surgido en mi cabeza, y de las arrugas que dividen mi rostro en varios fragmentos. No dudo de tu capacidad aniquiladora, y desconozco que artes y conocimientos ocultos puedes detentar. He retomado, aunque ahora en defensa propia, mi plan inicial. Cualquier sábado de estos, por la noche, veremos quien resulta ser al final más fuerte.

...

Fui severamente reprendido por tu sostén económico, durante su última visita semanal. Sin duda, cumpliste las amenazas de revelar, de una vez por todas, los maltratos y torturas a que supuestamente te someto. Cobardemente, me acusaste de ser un cruel verdugo, colocándote en el papel de la inocente víctima, omitiendo, claro está, los detalles y las circunstancias en las cuales suelen suceder los hechos, y que, vistos objetivamente, viran los papeles convirtiéndote sin miramientos en el verdadero inquisidor. Sabiendo de antemano que de nada valdría defenderme ante ella, ciega creyente de tus fervientes súplicas de atención, interpretadas cínicamente, haciendo uso de mediocres, pero convincentes dotes actorales, preferí no pretender justificarme. Sin embargo, cansado del implacable cumplimiento de los adagios populares (podía ver como sus labios me acribillarían con "el que calla otorga"), pensé en una salida rápida pero astuta, con la cual, si acaso detuve el disparo del temido refrán, no fue posible hacer lo mismo con

la ráfaga de vituperios e insultos que salieron de su boca. En fin, tu adorada madre adoptiva no pudo entender que entre nosotros, lejos de existir una relación autoritaria o de sumisión, en la cual yo tengo el papel del amo y tu el del siervo domesticado, vivimos juntos por libre asociación, comunitariamente, debiendo cada uno, dar y recibir equitativamente en todos los aspectos; así como yo apporto en ocasiones el sustento para ambos, tu sueles compartir conmigo tu alimento, sólo por poner un ejemplo. Ahora bien, cuando llega a suscitarse algún conflicto entre nosotros, motivado por un antagonismo de ideas o por otra cuestión justificable, imposible de resolver por medio del diálogo, acostumbramos realizar una especie de ritual, consistente en una batalla física meramente metafórica, dentro de la cual comparamos nuestras fuerzas, buscando encontrar por esta vía al poseedor momentáneo de la razón, según el asunto sometido a valoración.

Como podrá entender, mi distinguida dama -continúe explicando a mi interlocutora, quien, me miraba con los ojos algo desorbitados, mientras con disimulo, palpaba torpemente la mesa contigua, buscando ignoro qué *objetos heridas que me achaca haberle inferido a su protegido* (uno, si acaso dos mechones ausentes de pelo del lomo, y una uña delantera quebrada), *son consecuencia de un procedimiento justo y equitativo; aunque el pequeño minino pretenda engañarla, negando su propia culpa, ha de estar usted conciente de que la madre naturaleza, si bien es cierto me ha dotado a mi con mayor volumen corporal, lo cual me proporciona mayor fuerza, distinguió a nuestro amiguito con una sorprendente agilidad y un arsenal retráctil de armas especializadas, capaces de infringirme daños mucho mayores a los que yo pudiera ocasionarle* -mientras esto decía, y le mostraba a ella rasguños y mordidas tuyas en los brazos y rostro, te miré de reojo, pudiendo captar tu inquietud al verte descubierto-; *por lo cual, le pido evite volver a llamarme abusivo, y entienda que de los dos, el agresor mayor es el individuo con cola, quien además de ser el único que ha hecho sangrar al contrincante, ha resultado vencedor en la mayoría de las contiendas.*

Concluida mi sencilla defensa, convencido de que ella te impondría alguna tarea expiatoria, sonreí generosamente, esperando su veredicto. Pareció hallar el objeto que buscaba sobre la mesa (una cuchara sopera, inofensiva) y lo asió fuertemente, levantando con violencia el brazo. Efectué una sencilla maniobra evasiva, para evitar que la cuchara me borrara la sonrisa del rostro. Todavía, mientras se encaminaba a la salida, pude escucharla gritar: -imbécil, estoy harta de tus burlas y de tus manías-; y amenazó inclusive, con denunciarme ante numerosas agrupaciones protectoras de animales. La puerta se cerró con una estruendosa vibración de metal y vidrio; -déja vu-, pensé. Ahora tu cras quien sonreía.

...

Estoy cansado de tener que asear la caja en la cual depositas tus excrementos, tres veces al día, a la misma hora. Te lo he dicho muchas veces, el que deba encargarme de la limpieza de tus desechos orgánicos constituye una grave injusticia, considerando la relación equitativa que nos une; ¿acaso has limpiado tu alguna vez el excusado?; a pesar de las muchas veces que te lo he pedido, no me has hecho caso; tiras por la borda mis corteses invitaciones a colaborar conmigo en esa pesada tarea, inclusive, cuando comienzo a exasperarme por tu falta de cooperación, sueles alejarte a paso rápido, fingiendo ser víctima de una grave ofensa. Por lo menos, deberías intentar acoplarte al ritual occidental para la evacuación intestinal, haciendo uso de los muebles porcelanizados para ello creados; sería mucho más fácil para ambos, te lo aseguro, y podrías sentirte, con gran orgullo, élite dentro de tu especie, al haber elevado un grado tu índice de civilización.

Si me quejo amargamente por esta situación, no es por que me de asco levantar tus heces, o algo similar; estoy acostumbrado a interactuar, día con día, con todo tipo de mierda, animada e inanimada. Tampoco temo a las enfermedades que la constante manipulación de tus deposiciones pueden acarrear, en especial ese pintoresco cuadro patológico conocido como toxoplasmosis; casi siempre, tomo las prevenciones sanitarias recomendadas por los especialistas. Quizás, lo que más pudiera molestarme es tu exigencia de puntualidad, si llego a retrasar alguna de las tres copro-recolecciones diarias, te indignas, gritas, das volteretas, y puedes inclusive abandonar definitivamente la caja desatendida, viéndome obligado a renovar recipiente y arena. Si mi conducta se prolonga por varios días, te sientes enfermo, aquejado por un inconveniente estreñimiento, el cual concluye, cuando malévolamente redecoras todo el interior de la casa, con innumerables evacuaciones líquidas de diversa tonalidad, oscilantes entre el color verde y el amarillo.

Pero no es precisamente esa hiperactividad de tu colon lo que me enfada; se trata, simplemente, de una cuestión de igualdad. No soy tu siervo, y si hasta ahora he accedido a limpiar tus desechos ha sido por mera solidaridad; por ello, exijo un trato justo de tu parte; si definitivamente te niegas a colaborar conmigo en estas actividades, y rechazas utilizar como individuo civilizado el retrete, me inclinaré por tomar otro tipo de medidas poco éticas... no te extrañes si, de no cambiar tus hábitos, amaneces un día con un pañal en el trasero.

...

¿Por qué te elegí para ser el primero en conocer las razones de mi tan censurado estado de amoralidad?. Mera casualidad; no creas que ello te hace especial, simplemente, mi sinceridad ha sido la consecuencia de que me hayas abordado en los momentos oportunos, cuando igual me hubiera confesado a un ave migratoria, o a cualquier otro animal doméstico, humano o no. Es posible que mis comentarios, comparando mi forma de vida con una constante caída, contraria a la ascensión, al "progreso" colectivo, puedan entenderse como una combinación de simples metáforas, figuras poéticas y conceptos pseudo-políticos muy trillados. Eres libre de interpretarlo como desees, pero personalmente, la percepción de una multiplicación en mis sentimientos, pensamientos y patrones de comportamiento desviados de la conducta aceptada socialmente, no me parecen cuestiones asimilables tan fácilmente. De ahí mi decepción por tantas y tantas expresiones aculturales y contraculturales, incapaces de contribuir a una mayor comprensión de la realidad en mi decadencia, o mejor dicho, de la decadencia en mi realidad.

...

Sin esperarlo, se integraron uno a uno a mi vida. Primero tu y tus parientes, huyendo de la persecución de un despiadado can de reciente adquisición, asesino de cuadrúpedos de menores dimensiones. Después, ella, escapando a su vez de un feroz misógino farmacodependiente, asesino moral de quienes, según solía decir, "le envidiaban el pene", idea más absurda sacada yo no sé de qué libro de psicología. No me fue difícil acostumbrarme a la nueva compañía; mis tendencias especiales, consideradas entonces, si no normales, sí aceptables, pasaron desapercibidas para ustedes, más preocupados por readaptar su vida y sus costumbres a un nuevo hábitat. Nos acoplamos a la convivencia, aún la disfrutamos durante considerable tiempo, aunque poco a poco, mi mente continuó radicalizándose, insuficientemente para mí, demasiado para ella y para tí. La abundancia de bolas de pelo y de croquetas digeridas, apresuró la partida de tus congéneres, los primeros en abandonar el círculo; repartidos entre diversas familias de emociones e ingresos convenientes, no tardaron en olvidarme. Nosotros tampoco los extrañamos, nuestro trío ingresaba a la etapa de mayor cohesión, cuando cada uno aprovechaba al máximo a cada otro, sin complicación. Fue después del descubrimiento, la revelación de mi decadente lugar en el mundo verdadero (mi verdadero lugar en el mundo decadente), cuando, todo se fue al carajo.

Declaradas mis intrigantes pasiones a nuestra dama, fue incapaz de comprenderlas, aunque muy apta para criticarlas. Esperamos a que mi experiencia nihilista transcurriera, convencida ella de que podría tratarse de algo pasajero. Redecaré entonces mis condiciones personales. Volvimos a

esperar, creyendo ella que podría readaptarme sometiéndome a innovadoras terapias románticas y agitadas operaciones lascivas. Convencida de su éxito, entendiéndolo sólo yo su fracaso, decidí, por mutua conveniencia, reanudar nuestro vivir por caminos separados, sin que mediara ningún resentimiento o cuenta pendiente entre ambos. Lo que para mí fue un oportuno acuerdo, para ella resultó ser un vil acto de abandono; regresó a su antiguo núcleo, no sin antes solicitar a algunos amigos de amigos suyos, incitar a ciertos sujetos de cuestionable calidad moral y notoria obesidad, a que hicieran un poco de ejercicio revolviendo y azotando mis huesos y carnes contra el pavimento; una de las actividades preferidas por los hombres-tolete.

Rota la convivencia, me dispuse a tratar de asumir plenamente mi nueva situación intelectual, emocional y corporal, repleta de ausencias, triviales para mí todas ellas. -¿Por qué te dejó conmigo?- Fue sólo una forma de castigarnos a ambos; a ti, por haberla incitado, en el fondo, a vivir aquí. A mí, quizá creyendo que me incomodaría; y aunque sueles hacerlo en repetidas ocasiones, has sabido readaptarte con destreza a mi nueva situación, reabsorbiendo, voluntaria o involuntariamente, no lo sé, gran parte de mi pensamiento y de mi forma de vivir. Sólo por eso, quiero creer, te empeñas en conservar la cohesión de nuestro dúo.

...

Sometiste a mi juicio, un boceto de autoadjudicación para un atentado terrorista a un edificio de oficinas: "No puedes ir engañándote por la vida, entusiasmado con encontrar alguna que otra aventura ocasional, si toda tu existencia no es más que un trozo de jabón oloroso para el baño matutino, dos horas de transporte ida y vuelta en el gusano eléctrico subterráneo, y un cuarto de día sentado en una cómoda oficina frente a la pantalla de un aparato electrónico. El que te cojas a tu compañera de cubículo, o con suerte, a tu secretaria, no te da razón para estar feliz. Ir al cine los miércoles te vuelve estúpido. Cobrar anticipadamente tu quincena, ratifica tu miserable condición de esclavo. Renunciar te hace cobarde, suicidate y me darías risa." Es bueno, pensé. Quizá ya muy visto, pero eso no le resta fuerza. Sólo sería bueno les dejases a las víctimas más opciones. -Las tienen-, mascullaste ufano. -No has visto quien firma la nota-. Al notar tu huella impresa, sonreí, recordando aquella vez en que oriné el traje color negro, rasguñe hasta destrozarse los papeles membretados de la corporación, y me dormí, un día completo, en la copa de un árbol, devorando pausadamente el contenido de una boisa de buena fruta obtenida, gracias a la velocidad y agilidad de mis piernas, en el tianguis ambulante de todos los jueves.

...

Siento mucho haberte dejado a cargo la última luna nueva; debes agradecerme, sin embargo, el que la escasez de consumibles industrializados te haya obligado a reutilizar tus obsoletos instintos heredados.

Hace apenas unas noches, me di a la fuga perdiéndome en una mezcla poco recomendable de estimulantes orgánicos y espirituosos. Debo aclararte que no ha de compararse bajo ninguna circunstancia, con tantos vulgares consumidores de psico-sustancias que han invadido todos los espacios; estúpidos, cuya aburrida vida los transforma en insulsos dependientes de las artificialmente inducidas fluctuaciones de su sistema nervioso. Inmerso en mis pesadillas -o pensamientos, si se prefiere-, navegando por las turbulentas aguas que recorren las calles de esta conflictiva ciudad (caudales que sólo unos pocos identificamos y otros menos dominan), arribé a un sitio nunca antes visitado, cosa nada rara, siendo tan extenso y diverso este mundo. En el susodicho lugar, se exhibía la versión original de una antigua película del siglo pasado, filmada cuando el cine, ya muerto para algunos, apenas salía del cascarón para otros. No quise integrarme al rebaño de jóvenes cineastas devoradores de imágenes; aunque la gran mayoría mostraban haber nacido bastante tiempo antes que yo, mi calendario interior intuía que yo había vivido mucho más tiempo. Es una de esas cuestiones que pueden parecer raras a primera impresión para los fieles amantes del reloj, pero que se hacen comprensibles cuando el tiempo, desenmascaradas sus estúpidas pretensiones, pierde todo sentido. Noches después volví al mismo lugar y casualmente, mi organismo me obligó a vomitar un heterogéneo fluido precisamente al pasar frente a la puerta de entrada. Sin detenerme, limpie mi rostro con un pañuelo desechable robado de algún sitio olvidado, y re-entone aquella alegre canción interrumpida por la inesperada expulsión de ácido gástrico.

Durante aquellos días desmedidos y desautorizados, tuve un peculiar encuentro con un notorio personaje aquejado por males similares a los míos. Borrada mi visión, nunca mencionó, por fortuna, ni su nombre ni alguna peculiaridad física que me permitiera re-identificarlo en caso de que mis recuerdos fuesen inspeccionados. Nuestra convivencia fue breve; convencido por mi hospitalidad, aceptó visitar la plaza que fungía en esos días como mi hábitat, mi lecho forjado en hierro y mi solemne sanitario, decorado ricamente con barrocas imágenes de santos olvidados y de mártires flagelados. Compartimos pensamientos, enloquecimos algunas veces, aunque tratamos en lo posible, siendo el espacio que nos albergaba abierto al público, de ser discretos. Abundan los individuos a quienes escandaliza el encuentro y el intercambio entre dos o más sujetos peligrosos, a pesar de que vivimos los tiempos de la sociedad democrática.

Poco antes de despedirnos, fuimos lamentablemente abordados por una de tantas manadas de hombres-pistola que pululan en estos confines del planeta; no recuerdo bien los detalles de la rapiña, pero puedo darme la libertad de suponer que ciertas cicatrices en mis brazos y tórax son el resultado de una disputa perdida, o bien, abandonada oportunamente a causa del notorio desequilibrio entre los contendientes. Olvidar el enfrentamiento me disgusta un poco, sólo por los errores de computo estadístico acarreados. Muchas veces he enunciado, ante importantes figuras del ámbito jurídico y criminológico, que "ninguna posesión material puede ser arrebatada, a quien en el momento no posea ninguna posesión material arrebatable"; desde esta perspectiva, la abundancia de hombres-cuchillo es una cuestión que no debiera seguir inquietando a los encargados de fabricar y distribuir hombres-tolete.

...

¿Recuerdas cuando peleamos con aquella pareja doméstica de recién adoptados, por obtener prioridad de uso sobre el teléfono público ubicado en el entronque de Insurgentes y Revolución? Los retóricos discursos pletóricos de insultos no lograron hacerles comprender que resultaba aberrante solicitar desde ese aparato informes sobre cualquier trámite burocrático. Siendo nuestra intención utilizar la terminal telefónica para amenazar a los miembros de determinadas agrupaciones bancarias, alarmar a los hombres-uniforme sobre pirómanos ataques a edificios públicos, y aún, ordenar comida rápida -en especial pizzas- que serían entregadas mas no pagadas; era innegable nuestra condición de usufructuarios legítimos del objeto. Por desgracia, siendo nuestros antagonistas demasiado democráticos, les fue imposible -si acaso lo intentaron- asimilar nuestros postulados; pactamos una tregua cuando una mañana, se descubrió que el teléfono había perdido misteriosamente la bocina y un par de teclas; pero las hostilidades se reanudaron tras la colocación de las refacciones correspondientes. Finalmente, al desaparecer el aparato completo, con todo y cableado, la joven pareja decidió firmar tratados de paz con nosotros, y contratar una línea telefónica privada. El transitado cruce no tuvo una nueva cabina telefónica sino hasta meses después, cuando, no sólo se instaló un moderno aparato que permitía enviar mensajes orales y visuales a la vez, sino también un guardia de seguridad encargado de preservar la integridad de la valiosa máquina y de vender los plásticos necesarios para comunicarse. Todavía, el teléfono en cuestión es embestido por un vehículo fuera de control, cuando algún usuario pretende llamar a secretarías de gobierno, o peor aún, a algún sorteo televisivo, de esos que regalan coches, casas y cuantiosas cantidades de dinero.

...

Eran ya, creo, diecinueve librerías visitadas en el día; la cuenta exacta la perdí, cuando me entretuve charlando en el transporte público con una vieja conocida de una vieja escuela, una chica felizmente común, cuyas manos, mientras hablaba, se movían exageradamente, quizá aún más que el trasero de la mujer a quien el conductor del autobús volteó lascivamente a ver, poco antes de estrellarse contra otro vehículo detenido en el crucero. Sobresaltados por el accidente, descendí con la chica del camión, y mientras ella corroboraba la ausencia de heridos, me alejé del lugar de los hechos, esperanzado de que no me siguiera. Por desgracia, no siendo la situación de ninguna gravedad, la niña me alcanzó dando largas zancadas, y todavía, se atrevió a codearme, diciendo sonriente: -¿por qué me dejas?-. Me invitó un café, el cual acepté, y disponiéndome a sostener una larga y consistente charla con una digna universitaria, pedí asimismo, aunque sin su autorización, una cajetilla de cigarrillos.

La chica, muy orgullosa, reseñó una y otra vez su exitosa vida académica, su exitosa relación amorosa con un chico igual de exitoso que ella, sus exitosos vínculos con sus padres, su exitosa participación en actividades políticas dentro y fuera de la escuela, su exitosa próxima titulación, su exitosa integración al mercado laboral en una exitosa empresa ... (pedí al dependiente otra cajetilla de cigarrillos). Su deseo futuro de tener éxito como profesional, de lograr exitosamente su independencia económica, de formar una exitosa familia, tener hijos exitosos, vivir en una buena casa, con todo lo necesario para ser todavía más exitosa, y... se calló bruscamente, terminado el relato de su notorio plan de vida, cuando a mi parecer, sólo le faltaba agregar tener una muerte exitosa.

Hubiera podido decirle, ahora que sus ojos me enfocaban esperando aprobación: -eres una ñoña, y tu exitosa vida es una mierda-; pero bien conocía al estereotipo que me miraba, y sabía que lejos de entender mi comentario como una injuria o como una crítica corrosiva, la niña sólo podría asimilarlo como broma (la imaginaba codeándome de nuevo, -*estás bien loco*-); acercándose provocadoramente a su oreja, susurré un insulto que suelo reservar para ocasiones especiales: -deberías ser ejemplo para todos los de tu edad, que vean en tí lo que la sociedad actual quiere y necesita de nosotros...- Alejé mi rostro, y ella me besó en la mejilla. Contenta, se levantó, pagó la cuenta, y mientras me disponía a retirarme, me dio una tarjeta con sus teléfonos: -cuidate, me dijo. Deberías visitarnos, todos te extrañamos.-

Apenas salió del local, no pude contener más la risa, sorprendiendo con mis risotadas a dos chicas que dejaron bruscamente de besarse, derramando café

sobre la mesa. Con trabajos me dirigí a la calle, y, calmando un poco mis ánimos, crucé la avenida, descolgué la bocina de un teléfono público, y marqué el número celular recién apuntado en una tarjeta, lanzando tras el -*hola*-, las amenazas que aplico a todos los enajenados, del nivel de mi recién reencontrada exitosa compañera universitaria.

Quizás días después, volvería a llamarla para pedirle me invitara a una de esas fiestas nocturnas que exitosamente, organiza con sus amigas cada sábado.

...

El sol iniciaba su ascenso, entrando sus primeros rayos a través de la ventana. Lentamente abrí los ojos; boca arriba, estiré uno a uno los miembros, dando vuelta a la izquierda, a la derecha, frotando mi espalda contra la alfombra, emitiendo algunos ruidos de placer, de sonido singular. Me reacomodé el abrigo alejando las motas de polvo y arrancando de él pequeñas costras de lodo y hierbas secas, resultado sin duda de la correría del día anterior. Me incorporé finalmente, y di algunas vueltas a la habitación. No quise probar los restos de comida de ayer, lucían poco apetecibles; olfateé la leche, su olor delataba indicios de fermentación (que asco, ni yo me la tomaría). Intentando ocultar el hambre salí a la calle, refrescando mis pulmones con el aire exterior, menos viciado que el de la casa; sin saber con precisión que hacer, crucé la calle, siguiendo por unos metros a una colegiala de olor agradable, quien de inmediato notó mi presencia. Ya se había detenido y voltearía a verme, así que decidí correr, cruzar la calle, de regreso a la puerta de entrada. Noté que ella me aventó algo (¿sería una piedra?); no pude verla de nuevo (quizá está oculta, y quiere sorprenderme), así que decidí marchar al lado contrario.

Con trote ligero llegué a la esquina (las palomas suelen reunirse en lo alto de este edificio); las aves levantaron el vuelo ante mi apresurado paso, con un subjetivamente acompasado batir de alas. El colorido desfile de automóviles me resultaba aburrido: rápido, luz amarilla, lento, luz roja, alto. Luz verde, rápido, rápido, rápido. Las mismas personas de todos los días esperaban el transporte público. El hombre que vende todos los días tacos callejeros me miró (¿recordará el robo de hace unos días?. Será mejor escapar). Lo ignoré y crucé la calle... sonó un claxon y un arrastre de llantas, debí correr (estúpido automovilista). Intranquilo pasé junto a la fila de individuos desindividualizados que inquietos, levantaban las muñecas, miraban sus relojes, y hacían muecas de desesperación y frustración. Los contemplé con hastío, y sin nada más que hacer ahí, seguí mi camino, dejando a mis extremidades decidir la dirección de mi paseo matutino.